

¿En qué autoridad creen y profesan lo que la Iglesia enseña? ¿Por qué son cristianos católicos en vez de metodistas o bautistas o testigos de Jehová o pentecostales? Algunos de nosotros fuimos criados conociendo sólo una fe. Les he dicho que hasta que me fui de la casa de mis padres para ir a la universidad, yo solamente había conocido a una católica. Algunos de ustedes fueron criados donde no había más que la fe católica. Aquí en Ames, hay muchas tradiciones religiosas, y algunos de ellas activamente están tratando de convertir a los demás a la fe de ellos. Algunos incluso les dirán que si ustedes son católicos, se van al infierno. Así que les pregunto, «En qué autoridad creen y profesan lo que enseña la Iglesia Católica?»

La parábola en la lectura del Evangelio de hoy tiene que ver con la autoridad, la fe, y la fidelidad. La lectura comienza con Jesús hablándole a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo. No son su audiencia por casualidad. Ellos están en la presencia de Jesús con un propósito: para atraparlo, para oírle decir o verle hacer algo que les permitirán arrestarlo, como los versículos nos dice después de la lectura de hoy en el Evangelio.

El día antes, Jesús había entrado en Jerusalén con alabanzas de «¡Hosanna!»! mientras la gente extendía ramos de palma y mantos delante de él. Después de su entrada triunfal, lo primero que hizo fue expulsar a los que cambiaban monedas y los vendedores del Templo. Él derribó las mesas y proclamó: «Está escrito: *Mi casa será llamada Casa de Oración. Pero ustedes la han convertido en una cueva de ladrones*». No hace falta decir que los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo estaban molestos con Jesús. Dejó a la ciudad por la noche.

A su regreso, los sumos sacerdotes y ancianos lo desafiaron con esta pregunta: «¿Con qué derecho haces todas estas cosas? ¿Quién te lo ha encargado?» Jesús les hizo una pregunta que, por el momento, los silenció. Entonces comenzó a contarles cuentos y hacerles preguntas. El primero cuento fue la parábola de la lectura del Evangelio del domingo pasado acerca de los dos hijos. Inmediatamente después, contó la parábola de este domingo.

Jesús comenzó la parábola de hoy con una referencia a Isaías, nuestra primera

lectura, sobre el viñedo que fue plantado, tendido, y cuidado con gran atención. Pero luego dio vuelta al viejo cuento. Habló de la reacción de los viñadores del viñedo. Por supuesto, él no hablaba de un viñedo o de los viñadores; hablaba acerca de los judíos de su tiempo con falta de fe y fidelidad a Dios. Cuando terminó de contar esta parábola, Jesús les preguntó, «. . . ¿qué hará con esos viñadores?» Los sacerdotes y los ancianos respondieron, «Dará muerte terrible a esos desalmados y arrendará el viñedo a otros viñadores que les entreguen los frutos a su tiempo». Los embaucadores fueron engañados. En su respuesta, se condenaron a sí mismos.

¿Qué tiene esta parábola que ver con nosotros? Para responder, quiero citar un pasaje del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que es, de uno en uno, una cita del documento del Vaticano II titulado *Lumen gentium*, o «Luz de las Naciones»:

«La Iglesia es *labranza* o campo de Dios. En este campo crece el antiguo olivo cuya raíz santa fueron los patriarcas y en el que tuvo y tendrá lugar la reconciliación de los judíos y de los gentiles. El *labrador* del cielo la plantó como viña selecta. La verdadera vid es Cristo, que da vida y fecundidad a los sarmientos, es decir, a nosotros, que permanecemos en él por medio de la Iglesia y que sin él no podemos hacer nada.»

Ahora nosotros somos los viñadores del viñedo de Dios, que es la Iglesia. Nosotros, los viñadores, hemos heredado el viñedo. ¿Qué tipo de viñadores somos?

Estamos equivocados si pensamos que los sumos sacerdotes y los ancianos pensaban de sí mismos como embaucadores, o como desalmados. Ellos pensaban que estaban cuidando del viñedo. San Pablo, antes de su conversión, era uno de los ancianos del pueblo y él escribió de su preocupación para ellos en su carta de los Romanos. Esto es lo que dijo sobre ellos: «Declaro en su favor que sienten celo por el servicio de Dios, pero en una forma equivocada» (Romanos 10:2).

Así que le pregunto a cada uno de nosotros: «¿Qué tipo de viñadores somos? Con que derecho o autoridad decimos lo que decimos y hacemos lo que hacemos? Yo

diré con qué derecho o autoridad decimos lo que decimos y hacemos lo que hacemos, pero en realidad yo puedo hablar solamente de mí mismo y de mi familia. Cuando Jesús le preguntó a sus apóstoles esta pregunta,

«Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» Pedro contestó: «Tu eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Jesús le replicó: «Feliz eres, Simón Barjona, porque esto

no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Y ahora yo te digo: Tu eres Pedro (o sea *Piedra*), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; los poderes de la muerte jamás la podrán vencer» (San Mateo 16:15b-18).

Jesús no dijo, «Sobre esta piedra de la Biblia edificaré mi Iglesia», porque no había un Nuevo Testamento cuando Jesús caminó por estos caminos polvorientos.

Además, cuando la gente me dice, «Mi autoridad es la Biblia,» tengo que preguntar, «¿De quién es la interpretación de la Biblia?» Ya que he enseñado la Biblia durante más de cincuenta años, casi treinta de esos años en la universidad, yo he llegado a entender que muchas de las personas que dicen que su autoridad es la Biblia están diciendo que su autoridad es lo que ellos mismos piensan. Y Jesús no dijo, «Edificaré mi Iglesia sobre la piedra de su consciencia individual, o sobre la piedra en como se sienta, o sobre la piedra de predicación o enseñanza carismática. Él dijo, «Tu eres Pedro (o sea *Piedra*), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Esta es la Iglesia que tiene el sucesor de Pedro como su papa, esta Iglesia Católica Romana, que es mi autoridad, y me dice amar a Dios y amar a mi prójimo como me amo a mí mismo. Cuando la gente habla o actúa con violencia, ellos demuestran que no son viñadores fieles. Estamos llamados a producir el fruto de la paz, acción de gracia, y oración a Dios. Estamos llamados a ser verdad, honorable, justa, pura, y amable. Como San Pablo nos dijo, «Pongan por obra cuanto han aprendido y recibido de mí». Que seamos estos viñadores fieles en el viñedo que hemos heredado para que cuando él regresa, el amado del viñedo, nuestro Señor Jesús, nos diga, «Muy bien, servidor bueno y honrado».